

La presencia del debate en televisión y su utilidad en la calidad de las programaciones

Debates on television schedules and its use like a measure of programmes quality

Juan Francisco Gutiérrez Lozano
Málaga (España)

RESUMEN

Uno de los elementos fundamentales que ha distinguido la evolución de las parrillas de televisiones generalistas españolas desde principios de los años noventa, tanto a TVE como al resto de emisoras públicas autonómicas, y por supuesto a las privadas, ha sido el de la desaparición generalizada de los espacios de debate sobre asuntos de actualidad o, cuando menos, el de su transformación. Los cambios han afectado tanto a lo que podemos considerar aspectos de fondo (esto es, los referidos a los asuntos que se discuten frente a las cámaras, o a la selección que se realiza de invitados o expertos que hablarán sobre la cuestión) como a cuestiones formales (realización audiovisual, asignación de tiempos en las escaletas, etcétera).

La inexistencia o la reducción de la presencia visible de los debates serios, o su marginación a horarios o cadenas de segunda fila, ha quedado eclipsada por una creciente preocupación pública por sólo un formato: el debate político realizado con motivo de procesos electorales. La historia televisiva española, en este sentido, aún tiene grabada en la retina de los espectadores los dos grandes momentos de los debates políticos de la democracia televisados hasta la fecha: los «duelos» entre Felipe González y José María Aznar llevados a cabo en las televisiones privadas (Antena 3 y Telecinco) a comienzos de los años noventa.

Salvando estos debates y los ríos de tinta acerca de su utilización estratégica por parte de los partidos políticos, ha sido escasa la presencia del género en cuestión como tal, fuera del marco de los comicios electorales. Porque hemos de dejar claro que las tertulias políticas de los espacios informativos matinales no deben tener la consideración de «debates» como tales, en el que dos posturas enfrentadas se encuentran, representadas por diferentes invitados cambiantes cada día en función de la cuestión tratada.

En esta comunicación pretendemos esbozar cuál ha sido la transformación de los espacios de debate desnaturalizado, y cómo ha contribuido a la pérdida de calidad del conjunto de la oferta televisiva en España. En el año 2004, sin embargo, han reaparecido en diversos canales algunas experiencias que pueden hacer confiar de nuevo en el resurgimiento de formatos que ya –lógicamente– no pueden tener la factura de míticos espacios de los años de la transición política (caso de «La Clave», de José Luis Balbín, emitido por TVE), pero que sí pueden albergar elementos que permitan apostar por una renovada presencia del debate al menos en las emisoras públicas. Son los casos de «59 segundos» (TVE) o de «Mejor lo hablamos» (Canal Sur Televisión). De esta forma, queremos calibrar en qué medida se puede llegar a considerar la contribución de este género –bien entendido– como elemento que coadyuva a acrecentar la calidad de las programaciones televisivas.

ABSTRACT

The text claims for the recuperation of the debates in the schedules of the public channels in Spanish Televisions. It offers a resume of the development of this format through the last decades, and also presents a critic view of the contents, the anchors and the audiovisual ways of offering the controversial and dialogued genres in commercials and public tv's.

DESCRIPTORES/KEYWORDS

Debate, televisiones públicas, periodismo, democracia.

Debate, public television, journalism, democracy.

En la temporada televisiva 2004-2005 la primera cadena de Televisión Española (TVE) recuperó el género del debate político en uno de los tramos horarios más prestigiados en el mercado de las audiencias, el de medianoche o «late-night». La apuesta, titulada «59 segundos», daba pistas en su título sobre la idea central del formato: cada invitado dispondría de menos de un minuto para poder expresarse en cada turno de intervención. Eso sí, los asistentes semanales a esta mesa de diálogo no podrían abusar de este tiempo prefijado ni siquiera alzando la voz sobre los otros, ya que en el estudio –el Aula Magna de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid– se había diseñado con un mecanismo que bajaba literalmente los micrófonos ante cualquier exlralimitación de tiempo en la que incurriese cualquiera de los invitados.

Sirva esta anécdota del micrófono para ejemplificar cómo la televisión –al menos en su concepción generalista, en aquellos medios destinados al gran público– ha fagocitado cualquier posibilidad de intervención reposada en la que una persona pueda expresarse y confrontar sus ideas u opiniones. Recordemos que el ejercicio de bajada de los micrófonos se hizo muy popular en uno de los espectáculos televisados más famoso del mundo: la entrega de los premios de la Academia del Cine de Hollywood. El tiempo en televisión parece siempre ser escaso, ya no sólo en la noche de los Oscar, sino en cualquier tipo de programa, bien de entretenimiento, bien incluso informativo o de debate. En este último caso, y cuando lo que se intenta es argumentar en torno a algún asunto, la tarea resulta se convierte en algo hartamente imposible, por lo que sus objetivos resultan muy afectados.

Esta aceleración de lo que se nos ofrece por televisión ha sido contabilizada incluso por algunos especialistas en comunicación, que han medido el recorte literal de palabras o de declaraciones que manejan los medios a la hora de extraer las declaraciones de personajes de la actualidad. Así lo explica Tod Gitlin en su libro «Enfermos de información», señalando cómo «la prisa divierte» y cómo, en este proceso de aceleración retórica, llevados por este «torrente mediático» en el que vivimos, fueron los norteamericanos quienes se dieron cuenta de manera anticipada de que, en el debate televisado de los asuntos públicos, era necesario introducir un recorte del tiempo de las intervenciones de quienes se manifestaban ante las cámaras. Así, referido a los EE.UU., «según un estudio muy influyente de 1989, elaborado por Kiku Adatto, el promedio de tiempo dedicado a las declaraciones presidenciales en los informativos de las diversas cadenas, en días laborables, oscila entre los 42,3 segundos de 1968 y los 9,8 segundos de 1988 (...). En 2000 el

promedio era de 7,8 segundos» (Gitlin, 2005: 120).

Resulta aburrido y «antitelevivo», según parece, sostener discursos de larga duración en televisión, de modo que la brevedad y las prisas en televisión se han convertido en un condicionante que impone el medio. En todo caso, como bien apunta Gitlin en la obra citada, esta urgencia en los mensajes también ha afectado a otros medios, como a la prensa o incluso a la propia literatura popular norteamericana, donde los estudios cuantitativos de las obras más vendidas revelan una reducción de los sintagmas oracionales creciente desde la década de los años treinta del siglo XX hasta la actualidad. De esta forma, si en el año 1936 la longitud media de una oración en una de las diez obras más vendidas en EE.UU. según The New York Times era de unas 23 palabras, en el año 2000 cada oración media de estas obras populares no contenía más de 13 vocablos (Gitlin, 2005: 123).

Volviendo al asunto de nuestro interés, esta aceleración o premura, en todo caso, como decimos no sólo está ya impuesta a los medios de comunicación a la hora de informar, sino también a la hora de dotar a sus espectadores de argumentos y opiniones. No es extraño, además, que los productores de «59 segundos» justificasen que el tiempo asignado a cada intervención en dicho programa se calculase previamente a partir de las intervenciones medias habituales de los tertulios radiofónicos, dividiéndolas por la mitad por mor de la mayor urgencia televisiva.

Esta tiranía del cronómetro sigue el modelo que parece imponerse siempre que se habla de enfrentamiento de opciones políticas diversas en las televisiones públicas, donde son numerosos los ejemplos de denuncias ante las Juntas Electorales Centrales, estatales o autonómicas, y las polémicas partidistas cada vez que se han celebrado elecciones en nuestra aún joven vida democrática. Los partidos que se sienten en estas ocasiones discriminados ante el reparto de tiempos de propaganda gratuita o de cobertura informativa de los medios públicos audiovisuales siempre reclaman mayor espacio. Y esta politización de lo televisado –de cómo se gestionan los tiempos, temas e invitados– se convierte en una rémora más para la frágil presencia de los debates en nuestras televisiones públicas. Pese a todo, parece que los únicos debates que gozan de una buena salud, siempre y cuando se diseñan como enfrentamiento de dos posturas o dos candidatos son los electorales.

La transmisión televisiva de los grandes debates electorales siempre se ha dado, en la historia reciente de España, únicamente cuando se han enfrentado dos candidatos en hipotética igualdad de condiciones, esto es, cuando las encuestas han señalado a priori un empate técnico. Esto es lo que ocurrió en 1993, cuando se celebraron los dos únicos debates hasta la fecha, los que enfrentaron a los por entonces líderes del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Felipe González, y del Partido Popular (PP), José María Aznar. En el primer debate, celebrado en Antena 3 Televisión y moderado por Manuel Campo Vidal, resultó vencedor el candidato aún no muy conocido José María Aznar, mientras que en el segundo, emitido por Telecinco y moderado por Luis Mariñas, salió victorioso el entonces presidente González, que acudió a los debates ante las inciertas expectativas electorales del PSOE.

En todo caso, los resultados de estos debates han condicionado la práctica política posterior de cada partido en las elecciones generales y otros comicios de escalas distintas. Los partidos que no están interesados en hacer subir la participación ciudadana en los comicios son reacios a realizar estos debates. Para evitar una negativa en redondo de cara a la opinión pública, una de las excusas más habituales es la de no querer herir a otras fuerzas políticas o la de invocar como obligada su presencia. Asimismo, el ir aplazando la decisión en el tiempo, hasta que se torna imposible debido al calendario y el no tener que rechazarlo frontalmente han sido otros de los sistemas utilizados para zafarse de estos debates por el PP, partido que hasta ahora ha sido el que, tras 1993, siempre ha aparecido como ganador en las encuestas previas y cuyos candidatos a la presidencia del Gobierno no han accedido a participar en los debates pedidos por la oposición.

Como afirma el profesor Benjamín Pérez, «el debate en España nunca ha sido utilizado por el partido que sale como ganador para fijar la distancia y mejorar sus expectativas, y en la medida que no se legisle su celebración para todas las campañas, los partidos lo utilizarán o no en función de sus intereses estratégicos en cada proceso electoral» (Pérez, 2004). Estos espacios, que se emiten normalmente en los periodos de campañas previas a cualquier tipo de comicios, no dejan de ser excepciones a una regla habitual que nos deja huérfanos de cualquier tipo de espacio donde se enfrenten opiniones y argumentos sobre la actualidad, la vida democrática o política, que parece importarnos menos que el más allá, la vida de los concursantes de las casas sucesivas de «Gran Hermano» o las cuitas de los famosos habituales de las revistas del corazón.

De este modo, y si nos centramos en los debates no ligados a comicios electorales, el problema de la reducción de tiempo y de los espacios dedicados a la manifestación de opiniones o declaraciones en televisión no debe apartarse, lógicamente, de otro más grave: el de la depauperada oferta de contenidos. La aceleración retórica en el campo de la televisión se agrava, si cabe, con la adaptación de los géneros dialógicos periodísticos a los nuevos contenidos ligados a los clásicos «talk shows» o, en cualquier caso, a los nuevos géneros que no abordan la realidad desde una perspectiva periodística seria, sino entroncada sobre todo con el periodismo popular de las otras noticias, de las llamadas por John Larger como «soft news» (sociedad, sucesos), cuando no directamente asociadas a la propia televisión o al mundo ficticio que crean los espacios de la telerrealidad. De esta forma, los debates en la historia reciente de la televisión se han transformado por distintas razones: porque los invitados ya no pueden hablar todo el tiempo que quisieran y porque los asuntos que se abordan en estos debates, o «pseudodebates», ya no son lo que eran.

En la historia de la televisión en España, que en 2006 cumplirá 50 años de emisiones continuadas, uno de los programas más recordados por público y crítica, considerado además por la propia Academia de la Televisión como uno de los 10 mejores programas de toda la historia de TVE, en concreto en quinta posición, fue «La Clave», dirigida y presentada por José Luis Balbín (Palacio, 2001: 14). Este programa de debate, de varias horas de duración, donde se emitía una película, que a continuación suscitaba un intercambio de pareceres acerca de su contenido o de algún aspecto de la actualidad que se tomaba como referente, fue creado en 1976 y simboliza como ningún otro la época histórica de la transición política televisiva de la emisora pública estatal.

A los programadores actuales –y suponemos que también al público– el modelo de «La Clave» puede resultarles algo trasnochado, al menos en cuanto a su presentación audiovisual. Los remedos de este espacio,

como «A través del espejo», presentado por Cristina García Ramos en la segunda cadena de TVE a finales de los años ochenta, o la propia resurrección del espacio a comienzos de los años noventa, en la primera época de Antena 3, de nuevo presentado por José Luis Balbín, pero ni por asomo con el éxito de antaño), pueden ser claros síntomas del declive del debate político denso en horario de máxima audiencia que comenzó a producirse a comienzos de los años noventa.

Pese a la deriva de las programaciones de las televisiones públicas ocasionada por la irrupción de las televisiones privadas, y pese a la desnaturalización del formato y su relativo «envejecimiento», debemos ser optimistas. Ha habido intentos más o menos continuos y exitosos que han apostado por recuperar la fórmula de los debates reposados. No en vano, un repaso al pasado más reciente de la televisión en España nos puede permitir albergar alguna esperanza acerca de cómo, en el proceso de reforma de los contenidos y la gestión política de los medios de comunicación de titularidad pública, el debate serio y riguroso puede y debe encontrar un sitio y una buena acogida entre la audiencia, adaptándose a nuevos modos de presentación audiovisual pero sin pérdida de su esencia.

1. Debates, coloquios y tertulias

¿Qué queremos decir cuando hablamos de «auténtico debate» en televisión? Según Cebrián Herreros, el debate sería una categoría dentro del macrogénero del «talk show», esto es, de los programas donde el eje central está en la palabra y en el intercambio de impresiones entre uno o varios presentadores y distintos invitados, caracterizado en este caso por algunos rasgos distintivos. Quede claro que cuando hablamos de debate, lo hacemos refiriéndonos a un formato que se diferencia del coloquio o de la tertulia: «El debate cara a cara busca la confrontación de ideas, de formas de vida, de actuaciones. Es un programa que trata de crear espectáculo por la divergencia de los participantes. Cuanto más crudo sea el enfrentamiento, más espectáculo se ofrece» (Cebrián, 1998: 501).

En este sentido, dentro de los géneros dialógicos de intercambio de opiniones, el debate difiere de los coloquios o las tertulias. Los coloquios siempre buscan un clima de serenidad frente al espectáculo. Las discrepancias, la diversidad de opiniones en los coloquios, no tienen por qué consolidarse en verdaderos enfrentamientos. Por otro lado las tertulias, además de fomentar un ambiente de camaradería en el que el sosiego es la nota dominante, tiene como participantes habituales a los mismos colaboradores. Ello lleva a que los espectadores puedan lograr una identificación y cercanía, una familiaridad entre el público y el espacio televisivo.

Los ejemplos de tertulias y coloquios menudean en las televisiones generalistas, públicas y privadas, si bien algo alejados de los horarios de máxima audiencia. Algunos de ellos se intercalan en los contenidos de los grandes magazines, y no abordan temas de actualidad informativa. En cuanto a los espacios de estirpe periodística, debe señalarse que la franja de la mañana es la que concentra una mayor variedad de oferta. Hablamos en este caso de las tertulias matinales de los programas que, mezclando entrevistas e información, se erigen como versión televisiva de los tramos informativos de los grandes magazines radiofónicos: «Los desayunos de TVE»; «La Mirada Crítica», de Tele 5; «Ruedo Ibérico», de Antena 3. Por otro lado, los otros magazines de bien entrada la mañana sí incluyen «mesas de debate» que en realidad no dejan de ser tertulias políticas con los mismos colaboradores fijos, que discuten sobre las noticias del día. Se trata éste de un modelo recortado de debate –ya decimos, con más ingredientes de tertulia–, pero que resulta sustancioso dado el exiguo menú ofrecido a los televidentes.

Lo que llama la atención es que el gran magazine de la mañana en TVE1, «Por la Mañana», con Inés Ballester, no inserte estos contenidos en su escaleta diaria; algo que tampoco ocurre en magazines de otras televisiones autonómicas como Canal Sur Televisión, donde el programa «Mira la vida», con Rafael Cremades, da cabida a una tertulia de noticias del día, pero siempre alejadas de la política. Puede que con esto se quiera evitar fricciones con los partidos políticos, siempre cronómetro en mano o atentos a cualquier cosa que se diga; o bien se trate simplemente de buscar a un tipo de público maduro que, quizás de manera algo precipitada, se presuponga como poco interesado por los asuntos de la más rabiosa actualidad política.

Cabe resaltar en este caso, que pese a la bajada de audiencia sufrida por el espacio dirigido por la periodista María Teresa Campos en Antena 3 («Cada día»), fue ella quien exploró con éxito la inclusión de este tipo de contenidos en la franja matinal del programa «Día a Día», emitido por Tele 5 hasta la temporada 2003-2004. Este espacio fue casi un oasis en los últimos años de los gobiernos del PP de Aznar. Ahora, la oferta de «El programa de Ana Rosa», con Ana Rosa Quintana, ha repetido la inclusión de una mesa de actualidad, pero dando mucho más tiempo a los coloquios o pseudodebates sobre los concursos de telerrealidad de la cadena.

Precisamente, este tipo de debates se enmarcan dentro de una categoría mayor que reuniría a otros que a lo largo de los últimos lustros han colaborado a la pérdida de vigencia del formato clásico del debate. Catalogaremos a continuación los modelos principales, antes de abordar los últimos intentos por regenerar el debate en la televisión española.

2. Los debates-espectáculo

La crítica que puede realizarse al conjunto de las televisiones generalistas, tanto públicas como privadas, no ha de quedarse exclusivamente en la dejadez numérica a la hora de programar espacios de debate, sino también –o sobre todo– a la calidad de los contenidos de otros espacios de «debate-espectáculo», que por el contrario sí han menudeado en las parrillas de programación. Estos dudosos formatos han sido ofrecidos en diversos horarios, tanto los de gran audiencia («prime time» o «late night»), como en otros que no agrupaban a tantos espectadores frente a la pantalla, como el mediodía o la sobremesa. En ellos ha primado la gresca sobre la reflexión, el enconamiento y los ingredientes festivos –incluyendo orquesta– sobre el raciocinio, de modo que los gritos o altercados siempre han ocupado mucho más tiempo que los argumentos.

La nómina de espacios de este tipo es extensa, encontrándose representantes máximos en la historia reciente de los canales públicos, nacionales y autonómicos, así como en los privados.

Por hacer un repaso sin duda incompleto, pero clarificador de la pendiente de descrédito en la que han caído toda esta pléyade de programas, podemos mencionar tres ejemplos distintos, procedentes de diversas televisiones generalistas.

2.1. «Moros y cristianos» (Tele 5), o la pólvora del gesto y el ruido verbal como fundamentos del debate

No sería descabellado apuntar a que este formato fue el precedente de uno de los programas de la televisión española que pasará a la historia de finales de los años noventa y comienzos del nuevo siglo: «Crónicas marcianas» (1997-2005). Pese a encontrarnos con diferencias, existen algunos elementos de coincidencia que no parecen ser accesorios, como ahora veremos.

La primera etapa de «Moros y cristianos» se remonta a 1993. Estuvo presentado por Javier Sardá, en una producción de Gestmusic, empresa creada por los ex - componentes del grupo humorístico musical La Trinca , que ya a finales de los años ochenta habían triunfado en TVE con espectáculos de entrevistas como «Tariro, Tariro», y que luego fue comprada por Endemol, creadora del primer «Big Brother» holandés. El formato de «Moros y cristianos» era muy simple. Dos bancadas de sillones enfrentadas ante un teatro repleto de público vociferante y con ganas de aplaudir. Cada noche, habitualmente los sábados para competir con el fútbol emitido por las otras cadenas, el presentador planteaba unos cuantos asuntos de interés a lo largo de 2 o 3 horas. El público llamaba para apostar por un lado u otro (normalmente las discusiones se planteaban sin medias tintas, de modo maniqueo, para poder así elaborar «otro» partido, esta vez a partir de la actualidad). Cada «equipo» -que podía intercambiar a lo largo de la noche a sus integrantes- daba el do de pecho con intervenciones al principio reposadas, pero luego crecientemente enardecidas. Detrás de ellos, unas grandes pantallas reflejaban los porcentajes de las llamadas telefónicas a favor de una u otra postura. Los invitados procedían de diferentes campos, desde la política al mundo del espectáculo. Entre ellos estaban el cantante rockero Ramoncín, la ex-diputada Pilar Rahola, el director de cine José Luis Cuerda, el actor Pepe Sancho, el pintor Juan Adriánsens, además de dos figuras que aparecieron por entonces y que llegaron a convertirse, con el tiempo, en grandes personajes reconocidas por el público: un guionista venezolano Boris Izaguirre y un sacerdote, José Apeles, apodado como «Padre Apeles». Este último protagonizó continuas refriegas no sólo dialécticas sino también físicas con algunos de los invitados, de lo que puede inferirse el «modelo» de debate propuesto por este espacio. Este «Moros y cristianos» vivió una segunda etapa estuvo presentado por Jordi González, otro periodista reputado que se especializó desde entonces en diferentes espacios televisivos ligados a los «reality shows» o concursos espectáculo, y en sus debates correspondientes, como ahora veremos.

2.2. La sombra de «Tómbola» es alargada

El formato de «Moros y cristianos» se instaló en la estela de la exitosa y sonrojante fórmula valenciana de «Parle vosté, calle vosté» del canal autonómico valenciano Canal 9, otro espacio de similares características pero que, en vez de apostar claramente por el espectáculo, se intentaba barnizar como «debate de actualidad» . Se trataba, de nuevo, de un «talk show» con invitados esperpénticos que, de vez en cuando, abordaba algún asunto serio o verdaderamente entroncado con la actualidad informativa. Con esta excusa se invitaba a alguien que, académica o profesionalmente era reputado en dicha materia, pero que en el transcurso del propio debate era ninguneado y desplazado frente al griterío o el atractivo populachero de otros invitados que resaltaban lo más descarnado del asunto.

De la ridícula justificación de seriedad de muchos debates de este tipo, que buscan garantizarse cierto halo de rigor o credibilidad mediante la invitación de invitados de prestigio, da buena cuenta Carlos Elías en su libro «Telebasura y periodismo». Describe en él la figura de los llamados «expertos florero», personas de cierta relevancia en un área de relevancia que, no siendo como en otros casos peores, falsos profesionales experimentados, eran puestos en ridículo entre sus compañeros de profesión por culpa de vergonzantes apariciones en este tipo de espacios que, pese a reclamar su presencia, no los trataban con el tiempo ni el modo en el que deberían ser tomados. En este sentido, Elías recoge el testimonio de un científico que cuenta una de sus experiencias en este tipo de programas de debate espectacularizado: «Fui a un programa sobre vida extraterrestre. Un tipo dijo que él había vivido en Venus. Yo expliqué que la atmósfera de Venus es de ácido sulfúrico y que allí no puede vivir nadie. El otro respondió que él sí había estado y como gritaba y hacía más gracia que yo, le dieron más tiempo. Para yo decir mi afirmación he estudiado cinco años de Física, cuatro de doctorado y otros de investigación. No nos pueden poner en el mismo nivel y los presentadores sí lo hacen. El resultado es que la población se queda con una versión distorsionada de la realidad, porque creen que las dos posturas son igualmente válidas, correctas o posibles, cuando no lo son. Pero es la polémica lo que vende» (Elías, 2004: 53).

El último ejemplo de este tipo de formatos donde prima la polémica antes que el asunto se estuvo emitiendo hasta 2004 en la noche de los viernes de TVE1, en un formato sonrojante que presentó Ana García Lozano, la iniciadora del formato de «talk show» con invitados desconocidos en la televisión española. Esta vez el programa se titulaba «Ésta es mi historia», y no hacía más que incidir en el morbo o la recogida de testimonios truculentos a partir de la presentación de un tema de debate como reclamo. El tono y la baja estofa de las discusiones propuestas en horarios de máxima audiencia de TVE llevaron a la petición continua del mismo por distintos partidos políticos cada vez que se hacía una crítica a la degradación de la parrilla de TVE. La autora, en todo caso, rescató lo mejor (o lo peor, según se mire) de los testimonios ofrecidos en un libro (García, 2004).

Fórmulas parecidas se han hecho muy populares en distintas cadenas de televisión española a lo largo de los últimos lustros. Se trata de un modelo repetido de «debates-combates», al modo de los programas dirigidos y presentados en ocasiones por Antxon Urrusolo en diferentes cadenas, que no eran sino un esbozo de lo que luego hemos ido viendo cada día en el magazine «Crónicas Marcianas». En el caso de la televisión autonómica andaluza, esta estructura fue el eje de programas como «Aquí se discute», donde el público llegaba a ocupar una especie de gradas elevadas desde las que miraba a un reducido grupo de invitados que se peleaba abajo, en la «arena», representando de manera clara una especie de ritual circense televisivo (Imbert, 2003: 181-200). Este programa, así como otros parecidos estuvieron presentados por periodistas afamados por trabajos anteriores más o menos serios que no tuvieron problemas a la hora de dirigir estos engendros donde las orquestas acompañaban a los aplausos de las intervenciones de los invitados: Adolfo

Arjona o Elena Marquínez, en el caso de «Aquí se discute», o Cristina Tárrega e Isabel Gemio en el caso de «Hablemos claro», ambos de Canal Sur Televisión.

Pero el espacio que de verdad hizo historia en toda la televisión española fue «Tómbola» (Canal 9 y FORTA), hasta convertirse en germen de los descorazonadores debates «non stop» y «after hours» sobre los famosos que hoy imperan en las batallas de las audiencias. Este programa, estrenado en 1997 y finalizado en noviembre de 2004, llevó al paroxismo la teatralidad entre los invitados y los contertulios habituales. De nuevo en el canal autonómico valenciano, Canal 9, y bajo los gobiernos del Partido Popular, tuvo su origen el formato más exitoso de la última década. «Tómbola», híbrido entre tertulia y debate, fue un modelo de referencia inexplicablemente alentado por los presupuestos de otras televisiones públicas autonómicas, hasta que algunos excesos llevaron a la eliminación del mismo de las parrillas de Canal Sur Televisión o de Telemadrid. Pero su apuesta, seguida por millones de espectadores, siguió en el canal valenciano y otras emisoras locales. Es verdad que el formato del debate aquí se mezclaba con otros como la entrevista, pero lo que no deja de llamar la atención es que este tipo de espacios sobre el «corazón» hayan crecido de manera exponencial hasta, de una parte, capitalizar buena parte del total de minutos de televisión de las programaciones de las cadenas generalistas, ocupando, en el caso de estos debates, los «minutos de oro» de los viernes y sábados de los fines de semana. Estamos hablando de los casos de «Salsa rosa» (Tele 5) o «¿Dónde estás, corazón?» (Antena 3).

- Los debates sobre la «telerrealidad», última parada del viaje hacia la nada

Acabamos este atropellado repaso a las distintas caras que ha ido tomando el modelo de debate televisivo hasta llegar al más común en nuestros días: el referido a los asuntos que se refieren al devenir de la vida de los concursantes de los «reality shows». Así, concursos como «Gran Hermano», «Gran Hermano VIP» o «La casa de tu vida» (Tele 5), o «La Granja» (Antena 3), han acompañado a las galas semanales de expulsión de los concursantes con otros espacios de diverso éxito donde se «debatía» cuál era la actuación de los principales participantes en dichos programas.

Ni que decir tiene que la diferencia entre los debates serios y los debates que entran dentro de esta categoría de «telebasura» no está, como pudiera creerse, en la preparación ni experiencia profesional de sus presentadores. Puede que sí lo esté en la selección o muestra de sus invitados (la mayoría sólo avalados por sus lazos familiares o amistosos con los concursantes); pero muchas veces, el origen más o menos dotado de credibilidad de los presentadores se utiliza como estrategia para adornar lo inconsistente de los contenidos.

Quizá sí debería hacerse un hincapié especial es en el uso del humor que hacen estos debates, además de en el despliegue de tecnologías de la imagen acordes a los nuevos tiempos, que lo hacen irresistibles para buena parte de la audiencia: el maniqueísmo de las propuestas, las votaciones que se valen de las nuevas tecnologías, las pantallas de plasma continuamente sirviendo imágenes de los concursos, etcétera. Los efectos de sonido con intenciones humorísticas, las algaradas del público, y en definitiva, un tono de fiesta autoparódico acompañan a esta última vuelta de tuerca de malversación de lo que debiera ser el debate tomado a partir de asuntos de la realidad cotidiana de interés.

3. Los debates periodísticos y su posible resurrección

Los formatos anteriores, como se ha visto, no han tenido cabida exclusivamente en las cadenas privadas, sino que en algunos casos han sido instigados incluso desde las emisoras públicas autonómicas. Pero, ¿en qué medida ha dado ejemplo durante todos estos años TVE? Algunos autores señalan incluso que en el origen de la espectacularización de los debates podemos retrotraernos a principios de los años ochenta y a la figura de Jesús Hermida, que desarrolló primero el modelo en el formato «Su turno»: «El programa, de una hora de duración, planteaba temas de actualidad que generaban controversia como el de los roqueros o el desnudo en el cine, y no distaban mucho de los debates que actualmente se emiten en las diversas cadenas» (Saló, 2003: 22). Éste sería el germen de los posteriores implantes de la fórmula del «talk show» procedente de la televisión norteamericana, pero en su esencia no dejaba de ser un debate de contraste de opiniones en torno a un asunto.

Muchos años después, Jesús Hermida repitió la fórmula en Antena 3 («Hermida y Cía»; «Los Comunes»), al igual que esta cadena repitió en sus primeros años el formato «La clave». Pero algo estaba cambiando, un cambio que se hizo notar, sobre todo, en TVE, la cadena pública estatal. En todo caso, a finales de los años ochenta aún había apuestas interesantes en el «prime time» de la cadena pública. Por ejemplo, en enero de 1987 la periodista Victoria Prego presentaba un nuevo espacio, titulado «Debate», en cuyo primer programa se abordó el siguiente asunto: «¿Por qué se rompen los partidos políticos?». La nómina de invitados nos da buena muestra del posible nivel de la conversación: los políticos Leopoldo Calvo Sotelo, Santiago Carrillo, Carlos Garaikoetxea y Fernando Suárez, y los periodistas Emilio Romero y Manuel Vázquez Montalbán (El País, 3-1-1987).

Después de Victoria Prego, otras figuras se erigieron en representantes de los tiempos dedicados al debate en la televisión pública estatal. Fueron los casos, por ejemplo, de Miguel Ángel Gozalo («Derecho a discrepar», 1988-1989); o Manuel Campo Vidal, también a finales de los ochenta con «Punto y Aparte».

Pero ya entonces estos programas, como casi todos los emitidos por TVE, se vieron atenazados por la polémica política en torno al control o censura de los directivos de la emisora pública a favor del partido gobernante. Así, la salida de Miguel Ángel Gozalo tras la emisión de un programa dedicado a la vida de los famosos, algunos la interpretaron como ocasionada por la molestia que pudo causar a algún político socialista. El entonces director general de RTVE, Luis Solana, responsabilizó a Gozalo de «haber transgredido las normas de respeto a la intimidad» por el contenido del debate «Vidas públicas, vidas privadas». Diego Carcedo, a la sazón director de los servicios informativos, dijo que la mayoría de las protestas recibidas en televisión procedían de sectores conservadores. «No fueron quejas ni del partido socialista ni del Gobierno», añadió. Gozalo, por su parte, dijo que su destitución era «incomprensible» («Solana destituye al director de 'Derecho a discrepar'», en El País, 11-2-1989). Estas marejadas políticas se han repetido hasta nuestros días constantemente. En el caso de Telemadrid, por ejemplo, el más reciente ha sido el caso de los periodistas Isabel San Sebastián y Esther Esteban, que han dirigido «El Debate» en la temporada 2004-2005, y que despidieron la temporada denunciando las fricciones y las presiones con la dirección de la cadena autonómica

madrileña, que auguraban la extinción de sus contratos.

Pero sin duda la oferta más exitosa y renombrada, aunque también más polémica, de debate en los medios públicos estatales ha sido la de «59 segundos», de TVE. El espacio ha sido producido por Globomedia, empresa especializada hasta la fecha en programas de ficción, entretenimiento o, como mucho, de periodismo satírico (de esta productora nació la primera época española de «Caiga quien caiga», por ejemplo). Precisamente, en los primeros programas se intentó apostar por una selección de seis invitados extraídos del mundo político, de los periodistas de grandes medios impresos o radiofónicos (sobre todo los habituales en las tertulias radiadas por la mañana o por la noche) y, además, de actores o humoristas que, en la misma mesa que los demás, intentaban rebajar o alifñar la confrontación acerca de los temas de la actualidad política española con un toque de humor.

Aparte de la fama por la estructura innovadora de los micrófonos y el recorte del tiempo, el programa ha sido objeto de diversas polémicas políticas. Desde el aplazamiento de una comparecencia del Presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, pasando por unas declaraciones del Ministro de Exteriores acerca del posible apoyo de anteriores Gobiernos del PP a golpes de Estado en Venezuela, etcétera. El último de estos acontecimientos relevantes fue la retirada de los debates de los miembros del PP. El día 6 de junio de 2005, RTVE hizo pública una nota en la que avisaba que, el representante del Partido Popular convocado para la grabación del programa que iba a emitirse ese lunes no había acudido a la grabación. Al tiempo, el secretario de Comunicación de ese partido, Gabriel Elgorriaga, confirmó que los representantes del PP no volverían a participar en el espacio, por el trato a su juicio imparcial en la selección de temas que realizaba el programa.

La propia RTVE recordaba en su nota pública que «en los últimos 10 meses, en TVE ha habido el doble de tiempo dedicado a debates políticos que en los tres últimos años de gestión del Partido Popular» («TVE lamenta la retirada del PP del programa '59 segundos'», Comunicado de RTVE 6-6-2005). La televisión pública reiteraba su invitación al debate público. Pero la productora del espacio fue más allá en su interpretación de las ausencias de los políticos populares, achacándola a que no deseaban aparecer en pantalla para no tener que hablar de la gestión de Manuel Fraga y de sus intervenciones políticamente incorrectas en la campaña de las elecciones gallegas (repitiendo el modelo de que quienes aparecen como favoritos en las encuestas, rehuyen el debate).

En todo caso, desde que se estrenó «59 segundos», el 4 de octubre de 2004, y hasta el penúltimo programa del que tenemos noticia, en el espacio participaron 64 políticos de todos los grupos con representación parlamentaria, y 24 periodistas de distintos medios de comunicación. A lo largo de toda la temporada, salvo ese último programa, el espacio fue seguido por una media de 1.483.000 espectadores, lo que supone un 18,2% de cuota de pantalla.

La fórmula tradicional del debate a seis, que se repite en «59 segundos», ha sido imitada muchas veces, aunque como ha apuntado Cebrián ha caído en desuso ante los «debates masivos», multitudinarios y jaraneros que hemos visto en el apartado anterior (Cebrián, 2004: 92). En los últimos años del Gobierno del Partido Popular, uno de los escasos formatos en los que se explotó el debate fue precisamente en «El debate de La 2», programa que tuvo distintas etapas, presentadas por Alfredo Urdaci, Luis Herrero, Joseph Puigbó o Daniel Domenjó, pero que no obtuvo gran resonancia pública. La fórmula ha sido recogida y renovada en la última temporada 2004-2005, también emitida por La 2 pero con el nuevo título de «Enfoque». El encargado de su presentación ha sido Pedro Piqueras, que ha coordinado dicha labor con la dirección de la radio pública, Radio Nacional de España (RNE). Cabe destacar que la labor a favor del debate en los medios públicos de titularidad del Estado también fue objeto de controversia política en los comienzos de la gestión de Piqueras al frente de RNE. La decisión de la directora general de RNE, Carmen Caffarell, de anular los tiempos de opinión con motivo de las elecciones europeas de 2004 no fue mantenida en la programación de la temporada 2004-2005. Antes al contrario, en el haber de la gestión de este medio público radiofónico cabe la apertura de los micrófonos a opiniones muy plurales, si bien con el formato de tertulias con invitados fijos, normalmente profesionales periodísticos de medios no sólo estatales, sino también regionales y locales (como los que se reúnen en torno a los micrófonos del espacio nocturno «24 horas», dirigido por Fermín Bocos).

En el caso de «Enfoque», sus virtudes estriban en un decorado moderno, una atractiva presentación visual y una escaleta trabajada en la que, junto a las opiniones de expertos donde siempre había algún reclamo de personaje famoso o popular vinculado con la cuestión tratada, se ofrecían reportajes o entrevistas en el transcurso mismo del debate, lo que propiciaba una variedad mayor en sus contenidos.

En esta misma línea, pero desde un enfoque más popular, la RTVA a través de Canal Sur Televisión ha intentado asimismo apostar de nuevo por el debate de actualidad en horario de máxima audiencia. Incluso la nueva propuesta ha ido incluida en el horario de «prime time», quizás porque en la encarnizada lucha de las audiencias se daba por perdida, o quizás porque la pujante media de la cadena en los últimos meses podía permitir dicho «lujo», la noche de los miércoles a las 22:15 horas fue el momento elegido para programar «Mejor lo hablamos».

Se trata en esta ocasión de la enésima reproducción de un formato habitual: presentador, invitados que cambian cada semana y un tema social o de actualidad monográfico sobre el que debatir. La duración del espacio se ha movido siempre entre la hora y media y las dos horas. Este modelo había sido llevado a cabo de manera seria, no tanto en formatos de espectáculo ya comentados, por figuras ligadas a la televisión andaluza o grandes nombres que recalaron desde TVE: Iñaki Gabilondo («Iñaki, los jueves»); Manuel Campo Vidal («Campo abierto») o Victoria Prego («Un momento, por favor»).

Otro de los antecedentes de «Mejor lo hablamos» los tenemos en «Carta blanca», dirigido por Joaquín Petit en los primeros años noventa. «Carta blanca» fue un espacio de debate clásico, que intentó apostar por una reforma de su puesta en escena. Una gran mesa abierta, un elevado número de invitados (en torno a 10 o 12 semanalmente), y los teléfonos abiertos esperando las intervenciones de los espectadores fueron las señas de identidad de este espacio de una larguísima duración (en torno a las tres horas semanales, emitidas a partir de las 21,00 horas). Su conductor principal fue Joaquín Petit, periodista habitual de la RTVA donde ha presentado programas de entrevistas y de debates desde el propio origen de Canal Sur Televisión hasta la actualidad, donde adaptó la forma del debate en «Las mil y una noches», dirigido esta vez a un público

juvenil, en horario de madrugada, y ya emitido en el segundo canal de la televisión pública andaluza. Además de «Carta blanca», otros títulos de debates serios en la historia de la RTVA fueron «Encuentros», «Temas 7», «El ojo público» o «Foro Sur».

Otro periodista ligado a la casa y muy conocido por el público, Tom Martín Benítez, realizó asimismo un trasunto de la tertulia radiofónica de Canal Sur Radio en televisión en temporadas anteriores, con la participación además de los periodistas habituales de dicho espacio. Pero la apuesta de «Mejor lo hablamos» no descansaba tanto en periodistas especializados sino en invitados cambiantes en función del asunto tratado.

La dirección en este caso ha corrido a cargo de Inés Alba, periodista de la casa que en otros tiempos se hizo cargo de la dirección de programas de Canal Sur Radio. El perfil del presentador escogido en este caso, Rafael Cremades, nos da buena cuenta del tono amable y distendido, sin grandes estridencias, que se le ha pretendido dar al programa en su primera temporada por el momento. «Mejor lo hablamos» cuenta, por supuesto, con algunos guiños hechos a la espectacularización que impone el nuevo contexto televisivo. Cabecera, decorado y sintonías son llamativos, usando colores propios de programas de entretenimiento. Aquí los micrófonos no bajan, como en «59 segundos», y sí hay presencia, junto a periodistas y representantes de diferentes asociaciones o miembros de lo que pudiéramos llamar «sociedad civil» andaluza. Quizás lo más negativo sea la inclusión de mensajes de texto enviado desde los teléfonos móviles por parte de los espectadores, pero las intenciones del programa y el rigor de algunos de los debates mantenidos, han hecho recordar otros tiempos televisivos mucho más serenos que los actuales. La cuota de pantalla media de los 36 programas de «Mejor lo hablamos» se situó, eso sí, en unos niveles discretos (en torno al 10 %), siendo los temas que obtuvieron un mayor seguimiento los referidos a debates sobre la telebasura, el tráfico, el culto al cuerpo de nuestra sociedad o el trato a los mayores. Es loable por ejemplo que el espacio abordase, además, la reforma del Estatuto de Andalucía o la recuperación de la memoria histórica, entre otros asuntos ligados a las «noticias duras» o «hard news».

4. ¿Se puede medir la calidad de una televisión pública a partir de la manera en la que se estructuran sus programas de debate?

Sin duda, creemos que sí. En las 229 páginas del Informe para la reforma de los medios de comunicación de titularidad del Estado elaborado por el conocido como «Comité de sabios», el término «debate» aparece citado una docena de veces. Algunas de ellas tienen que ver, de modo genérico, con la ausencia de intercambio de pareceres acerca del modelo de televisión pública que debería haber existido en España («Nunca hubo un debate transparente, como en otros países europeos, sobre las nuevas necesidades del servicio público para una sociedad desarrollada», afirman en la página 29 de dicho informe). En este sentido, el informe reclama cómo la información de servicio público requiere un acercamiento a las actividades del poder legislativo para poder así subrayar sus funciones «como centro neurálgico de una sociedad democrática, de sus debates y decisiones». Este aserto se hace extensible además a las diferentes cámaras autonómicas de representación ciudadana (2005: 90).

En lo que se refiere al debate como a género televisivo ligado a la información, los expertos también dieron su parecer de manera inequívoca. Cuando en el punto 3.1.5. de dicho documento señalan cuál debe ser la misión actual del servicio público, apuntan a que a la hora de informar con veracidad y pluralismo, la radio y la televisión públicas han de proveer de noticias a los ciudadanos «con el contexto y la profundidad suficientes» para lograr aportarles «una base firme para sus juicios de valor y su participación democrática». Además de la apuesta por la obvia apuesta por la diferenciación entre información y opinión, los «sabios» recuerdan cómo «los géneros informativos deben configurar un auténtico foro ciudadano de debate democrático y espacio público de consenso» (2005: 82). Además, su consideración hacia el papel fundamental de este género periodístico de vital importancia democrática se extiende también al modo en el que se cita expresamente cuando se habla de la función de los profesionales de la información: «Se debe considerar informador audiovisual a todos los profesionales del periodismo, la imagen o el sonido que participen de forma directa o indirecta en la elaboración, el registro, y la difusión de la información de actualidad en la radio y la televisión, en todos sus géneros (informativos diarios, reportajes, debates...)» (2005: 90).

Los deseos de los expertos que se forjaron en el informe para la reforma de la televisión pública se extendieron, en lo que respecta al debate, al modo en el que La Primera de TVE debe recoger este encuentro de pareceres distintos para nutrir su programación, destinada por lo demás, según se recoge en dicho informe, a lograr un «equilibrio cuidadoso» entre las demandas de la mayoría y de las minorías. Para ello se instaba a que los programadores de TVE abogasen, pese a la pugna por la audiencia, por la innovación de formatos, por el riesgo creativo y –he aquí indicado de manera expresa– por la programación, en horarios de gran audiencia, de espacios culturales, de profundización de la información o de debate ciudadano (2005: 98).

Un debate ciudadano que, la verdad, no encuentra aún muchas ventanas en las parrillas de programación de las televisiones públicas. En la propia TVE, salvo los ejemplos citados en epígrafes anteriores y algún que otro momento abierto en programas especializados, se encuentra poco margen para la explicación de estos debates ciudadanos donde se analicen asuntos que interesen a estas mayorías y minorías de ciudadanos. Por tanto, parece claro que la excesiva tenaza que los partidos políticos en el poder o en la oposición mantienen sobre estos espacios de debate crea dificultades para su supervivencia o lleva a convertirlos en objetos de la pugna política, cuando debiera estar reconocida su labor, así como respetada por parte de todos los actores públicos la independencia de los profesionales encargados de estos espacios y la obligada participación en los mismos. De otra parte, la respuesta de la audiencia debe ser tenida en cuenta, pero no como en el caso de las televisiones privadas. El mantenimiento de estos programas redundaría sin duda en el servicio público que prestan estas televisiones, por lo que se justifica su presencia más allá de que los datos de seguimiento no alcancen cotas de récord, y toda vez que en su producción no es necesariamente más cara que otros productos.

Además de todo ello, gracias a estos formatos se puede hacer oír la voz de colectivos minoritarios (inmigrantes, mayores, etcétera), que, de otro modo, tiene difícil la posibilidad de tomar la palabra en la escena pública que configuran los medios de comunicación. Esta regulación del derecho de acceso viene

recogida asimismo en el punto 3.2.3. del informe del Comité de Sabios, donde se explicita la necesidad de «la disposición de espacios específicos de acceso en la radio y la televisión con formatos diversos (informativos, debates, entrevistas...), con tiempos y horarios fijados anualmente por acuerdo entre la Dirección de RTVE y los grupos sociales reconocidos como significativos, en el seno de un Consejo Asesor de RTVE, bajo la supervisión y el arbitraje del Consejo Audiovisual» (2005: 103).

En definitiva, quizá la degradación que haya vivido el formato del debate en la televisión no sea más que un trasunto de la propia democracia, que ha jibarizado la participación ciudadana o le ha dado cauces estrechos, cuando no la ha distraído con asuntos muchas veces no tan importantes como aquellos que afectan a los ejes básicos de la convivencia, la economía o las relaciones sociales. Creemos que es hora de dar tiempo a estas cuestiones, empezando por el tiempo televisivo en el que puede debatirse sobre ellas en televisión.

Referencias

- CEBRIÁN, M. (1998): *Información televisiva. Mediaciones, contenidos, expresión y programación*. Madrid, Síntesis.
- CEBRIÁN, M. (2004): *La información en televisión. Obsesión mercantil y política*. Barcelona, Gedisa.
- ELÍAS, C. (2004): *Telebasura y periodismo*. Madrid, Libertarias.
- GARCIA, A. (2004): *Esta es mi historia*. Madrid, La esfera de los libros.
- GITLIN, T. (2005): *Enfermos de información. De cómo el torrente mediático está saturando nuestras vidas*. Barcelona, Paidós.
- IMBERT, G. (2003): *El zoo visual. De la televisión espectacular a la televisión especular*. Barcelona, Gedisa.
- PALACIO, M. (2001): *Historia de la televisión en España*. Barcelona, Gedisa.
- PÉREZ, B. (2004): «Debates electorales cara a cara por televisión entre candidatos a la presidencia del gobierno: la asignatura pendiente de la democracia española», en *VII Congreso de la Asociación de Historiadores de la Comunicación «25 años de libertad de expresión»*. Barcelona, Universitat Pompeu Fabra. (Publicación: *VII Congrés e l'Associació d'Historiadors de la Comunicació. 25 anys de Llibertat d'expressió*. Barcelona, 18 i 19 de novembre de 2004. AHC y Estudis de Periodisme de Universitat Pompeu Fabra. CD-Rom).
- PÉREZ, J. R. (1987): «Victoria Prego estrenará 'Debate' con un programa sobre las rupturas de los partidos», en *El País*, 3-1-1987.

Otras referencias

- Informe para la reforma de los medios de comunicación de titularidad del estado (2005).
- www.elmundo.es: «Isabel San Sebastián da por hecho que no volverá a 'El Debate' de Telemadrid la próxima temporada».
- www.elmundo.es: «La productora de '59 segundos' vincula el abandono del PP de su programa a las elecciones gallegas». 6-6-2005.

Juan Francisco Gutiérrez Lozano es profesor del Departamento de Periodismo de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Málaga (España) (jfg@uma.es).